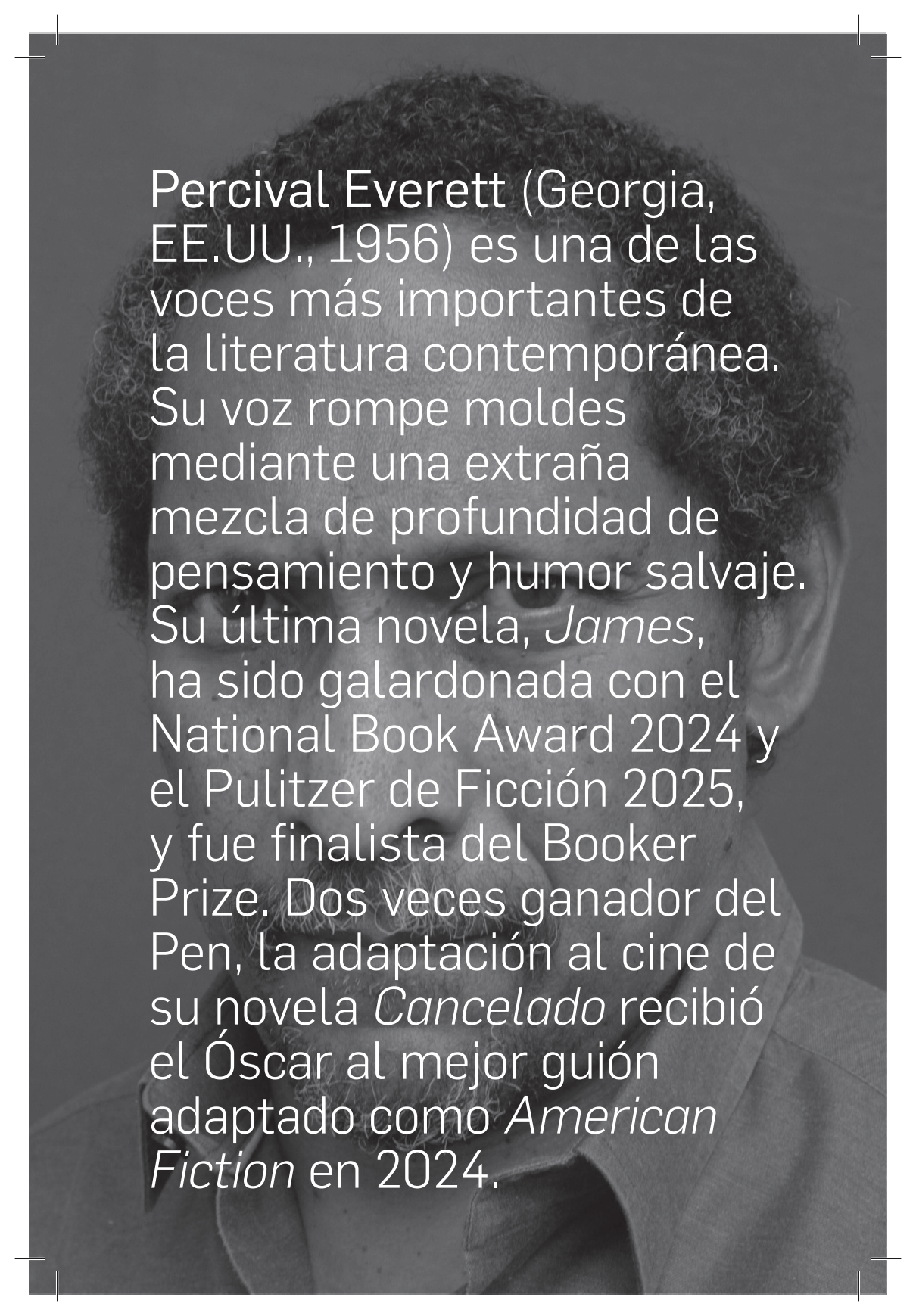




Percival Everett (Georgia, EE.UU., 1956) es una de las voces más importantes de la literatura contemporánea. Su voz rompe moldes mediante una extraña mezcla de profundidad de pensamiento y humor salvaje. Su última novela, *James*, ha sido galardonada con el National Book Award 2024 y el Pulitzer de Ficción 2025, y fue finalista del Booker Prize. Dos veces ganador del Pen, la adaptación al cine de su novela *Cancelado* recibió el Óscar al mejor guión adaptado como *American Fiction* en 2024.

DE CONATUS

TELÉFONO

DE CONATUS

DE CONATUS

# TELÉFONO

**Percival Everett**

Traducción  
**Javier Calvo**

DE CONATUS

COLECCIÓN ¿QUÉ NOS  
CONTAMOS HOY?  
NOVELA

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionados con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Título:  
*Télefono*

De esta edición:  
© De Conatus Publicaciones S.L.  
Casado del Alisal, 10  
28014 Madrid  
[www.deconatus.com](http://www.deconatus.com)

Copyright © 2020 by Percival Everett  
Spanish translation rights arranged with Melanie Jackson Agency, LLC  
Título original: *Telephone*

© De la traducción: Javier Calvo

Primera edición: febrero 2026

Diseño de colección y cubierta: Álvaro Reyero Pita

ISBN: 978-84-10182-32-5  
Depósito legal: M-25293-2025

Printed in Spain  
Impresión: Artes Gráficas COFÁS, S.A.

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede reproducirse total ni parcialmente, ni almacenarse en sistema recuperable o transmitido, en ninguna forma ni por ningún medio electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación ni otra manera sin previo permiso de los editores.

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:  
[comunicacion.deconatus@deconatus.com](mailto:comunicacion.deconatus@deconatus.com)

Para mis hijos

DE CONATUS

*Lo veo con total claridad; hay dos situaciones posibles: se puede hacer una cosa u otra. Mi opinión sincera y mi consejo de amigo es el siguiente: hazlo o no lo hagas, da igual; de ambas cosas te arrepentirás.*

SØREN KIERKEGAARD

DE CONATUS

## ÍNDICE

|                                                     |     |
|-----------------------------------------------------|-----|
| Pato, pato, ganso .....                             | 13  |
| De Homine .....                                     | 101 |
| De Cive .....                                       | 141 |
| Los más sabios son los que no saben nada .....      | 169 |
| coda .....                                          | 183 |
| Aquí viene un viejo soldado de Botany Bay .....     | 189 |
| Camaïeu .....                                       | 225 |
| el pájaro se escapa; el pájaro vuelve volando ..... | 251 |

DE CONATUS

Pato, pato, ganso





La gente, y con esto me excluyo a mí, nunca busca la verdad, sólo quiere satisfacción. No hay nada peor, con la excepción de ciertas enfermedades dolorosas y letales, que una verdad insatisfactoria y cutre. En cambio, una mentira satisfactoria es demasiado fácil de aceptar, y hasta de abrazarla y acurrucarse en ella. Igual que los pensamientos siempre traen consigo una dimensión de pensamientos asociados, también las acciones traen acciones asociadas, cargadas de intenciones y resultados imprevistos e impredecibles, buenos o malos; e incluso las cosas, las cosas mismas, traen otras cosas asociadas y provistas de perspectivas y dimensiones imprevistas. Las verdades insatisfactorias... Igual que el fantasma de Banquo, son ideas que se sientan en el lugar del rey, ahora que las alusiones literarias están tan de moda. Menudas ideas. Es la esclavitud la que inaugura la senda a la felicidad.

*Hic et nunc?*

Me llamo Zach Wells. Wells es un buen apellido para un geólogo y paleobiólogo, que es lo que yo era. Sabía un montón sobre fósiles y cuevas, especialmente sobre los huesos

que habían dejado las criaturas de hacía muchísimo tiempo. Siempre le decía a mi hija que necesitábamos cuidarnos los huesos porque al final sería lo único que quedara de nosotros, el único testimonio que quedaría de nuestras historias. En particular sabía muchísimo de una cavidad del Gran Cañón llamada la Cueva de la Nada, y de la vida avícola que había habitado en otros tiempos en ella. Qué esotérico, ¿verdad? En fin, sabía más del tema que la mayoría. Para clarificar la situación, debería señalar que la mayoría de la gente sabía más que yo sobre casi todo lo demás. Todo esto tenía y sigue teniendo poca importancia, o quizás trascendencia, pero por lo menos os da una idea de lo profunda y soporíferamente aburrido que soy. Os informa de que soy capaz de pasarme horas y horas en compañía de huesos, rocas y sedimentos, y más específicamente en cierta cavidad muy concreta de cierto muro rojo muy concreto situado a unos cuarenta y cuatro metros por encima del Río Colorado, en un lugar inaccesible salvo en helicóptero, y en una ocasión a bordo de una lancha de casco reforzado. Eso dice algo de mí, supongo, si es que hay algo que decir de mí. Un amigo mío murió en accidente de helicóptero mientras intentaba llegar a aquella cueva. Como soy un cabrón, he regresado muchas veces a la cueva y sólo me he acordado muy brevemente de él. Eso os dice algo de mí, aunque no me deje en muy buen lugar.

Antes de hacer el posgrado, estuve en los marines. Fue una equivocación de la que nunca tuve que arrepentirme. No serví en ninguna guerra y tampoco mantuve relación alguna con el cuerpo después de irme. Hice buenos amigos que no volví a ver. No llegué a tatuarme.

Vivía en una ciudad llamada Altadena, en California. Estaba al norte de otra ciudad llamada Pasadena. Altadena suena como si fuera la parte alta de Pasadena. No sé qué

significa Pasadena. Al parecer no lo sabe nadie. Hay demasiadas cosas que no sabe nadie, lo cual resulta reconfortante, hasta cierto punto. En el momento de escribir esto, no sé si viviré mucho más tiempo y vosotros no sabéis ni de qué estoy hablando. Me ha traído a este punto una simple nota, cuatro garabatos sobre un papel, unas palabras que podrían no significar nada, que yo podría haber permitido que no significaran nada. Pero eso no es realmente posible, ¿verdad?

*Sicut in spelunca*

*Aechmophorus occidentalis*. Dos fragmentos encontrados en nidos de ratas. Los pedazos eran demasiado pequeños para permitir su medición y la identificación de la subespecie. El somormujo es un residente invernal y migratorio muy común.

Antes tenía familia, esposa e hija, Meg y Sarah. Cuando mi hija todavía lo podía entender, intenté explicarle que en este mundo hay gente que caza a mujeres. Intenté decírselo sin decírselo, sin expresarlo en un lenguaje claro. No quería que fuera por la vida con miedo. Y terminó no teniéndolo, aunque sólo fuera porque no se daba cuenta de las cosas. Fue algo bueno y a la vez triste.

Al otro lado del largo y muy antiguo Puente de la Calle Stanton de El Paso, Texas, hay un pueblito mexicano no tan pequeño llamado Ciudad Juárez. El Puente de la Amistad, el Puente del Río Bravo, el Puente de Ciudad Juárez a Stanton, El Paso. Al otro lado de aquel puente se daba caza a cientos de mujeres, se las perseguía, violaba, encarcelaba, torturaba y mataba. Eran en su mayoría morenas y de constitución delgada, igual que mi hermosa Sarah. Lo creáis o no, esa historia forma parte, en un sentido vago y amorfo, de esta historia.

Había quien decía que en una veintena de años habían desaparecido o habían sido asesinadas doscientas mujeres. Otros decían que la cifra se acercaba más a las setecientas. La gente es así con las cifras. Te dirán que no son setecientas, sólo trescientas, doscientas, como si cien no fuera una cifra completamente horrible, o cincuenta, o veinticinco. Nadie sabía quién mataba y secuestraba a aquellas mujeres. Quizás los carteles de la droga, decían algunos. Quizás bandas itinerantes de depredadores sexuales. O adoradores del diablo. Quizás invasores del espacio. Hombres, eso sí. Eran hombres. Siempre hombres.

Las cifras eran enormes, obscenas, hediondas. Olga Pérez. Cientos de mujeres sin nombre. Edith Longoria. Cientos de mujeres sin cara. Guadalupe de la Rosa. Nombres. Un nombre. María Nájera. Resultaba muy simple, seguro y fácil hablar de cifras en El Paso, a un mundo de distancia. Nadie echa de menos a quinientas personas. Nadie echa de menos a cien personas. En Juárez, en cambio, siempre era una persona. Una hija. Una amiga. Una cara. Un nombre. Alguien echa de menos a una persona.

### De Corpore

Hay gente a la que no se le da bien ser feliz. Y cuando digo gente, me refiero a mí. No es que estuviera desolado, ni tampoco digo que tenga nada de malo estar triste, ni que quisiera ser desgraciado ni sentir melancolía, pero no me sentía satisfecho, sea lo que sea que significara, o signifique, estar satisfecho. Era extraño que no estuviera contento con mi vida, porque tenía muchas de esas cosas que supuestamente traen la felicidad. Tenía una compañera lista y luminosa, a quien apreciaba pese a no estar completamente

enamorado de ella, y con quien estaba contento de compartir los asuntos cotidianos y mundanos de la vida. Era consciente de que debería haberla amado del todo, pero siendo el infeliz desgraciado que soy... Tenía una hija preciosa de la que me sentía completamente enamorado, cada día más. Aun así, arrastraba una capa palpable de melancolía que me envolvía y que no me podía quitar de encima. Nuestra casa era cálida, cómoda y, aunque no era enorme, tampoco era pequeña. Mi trabajo consistía en estudiar las cosas que había elegido estudiar, por áridas que fueran, y trabajar con gente más o menos interesante y decente, por árida que fuera. Se me daba bien mi trabajo, obtenía un reconocimiento ocasional por ello y no me imaginaba a mí mismo haciendo otra cosa. Aun así, de vez en cuando volvía del trabajo, me quedaba sentado en el coche frente a la casa y me planteaba en silencio, planeándolo con frialdad, el más egoísta de los actos, el suicidio. La culpa que me provocaban aquellos pensamientos suicidas ya era suficiente para hacer que me quisiera matar. No llores por mí, Argentina. Las mañanas después de tener aquellos pensamientos egocéntricos, idiotas e indolentes siempre eran extremadamente luminosas, o por lo menos yo estaba, o intentaba estar, extremadamente deseoso de enmascarar cualquier rastro de mi desesperación y de mi odio a mí mismo, de levantar una fachada para bien de mi familia y de mi hija. Me planteaba la posibilidad de estar sufriendo depresión clínica y entendía de forma racional que, en caso de sufrirla, no tenía nada de que avergonzarme; que era un problema médico, una cuestión de química cerebral. Pero terminaba pensando: ¿y qué? ¿Qué más daba si no era feliz? Mi felicidad estaba sobrevalorada. Mi hija era feliz. Mi mujer no tenía preocupaciones. Pero me movía por la vida con cautela, y la cautela en el amor es fatídica de cara a la felicidad genuina.

*Teratornis merriami*. Descubiertos tres especímenes de un teratorno gigante: parte de un húmero derecho y dos cráneos. Los cráneos se descubrieron en el recinto principal y en el estrato de los 25 a los 50 centímetros, correspondiente a finales del Pleistoceno. Una vez hechos los moldes, el húmero se envió al Departamento de Geociencias de la USC para su datación mediante radiocarbono. Se estimó que databa del 14.000 AP.

Fue un movimiento descuidado; no temerario, pero sí despreocupado, nada propio de mi hija. Siempre había sido una jugadora precavida. Le examiné la cara, observé la expresión concentrada de sus ojos castaños y me resultó familiar: la había visto y me había maravillado de ella muchas veces. Su mirada era resplandeciente, dorada y penetrante, y sin embargo por alguna razón el descuido de aquella jugada parecía importante. Estaba muy claro que era una equivocación por falta de atención, la típica que yo podría haber cometido una y otra vez; en su caso, sin embargo, era lo bastante impropio como para que yo le preguntara si estaba segura de que era lo que quería hacer. Hacía un par de años que yo no le preguntaba nada parecido, y se quedó desconcertada, o por lo menos un poco indignada. Se limitó a mirar cómo yo le capturaba el caballo con un alfil muy evidente.

—No lo había visto —me dijo.

—Está claro.—Sostuve su caballo capturado en la palma de la mano; no quería magnificar el incidente colocándolo sobre la mesa—. Me sorprende viniendo de ti.—Ya hacía un año que Sarah era una ajedrecista mejor que yo, mucho mejor—. A todo el mundo se le puede pasar algo por alto. Mírame a mí, por ejemplo. Para mí, la nesciencia es una táctica.

Ella no levantó la mirada del tablero.

—¿Estás bien?

—Creo que sí —dijo. Me echó un vistazo, se quedó mirando un momento más el tablero y por fin abandonó, quitando al rey en vez de derribarlo como acostumbraba a hacer—. ¿Qué carajo significa nesciencia?

—Es un regalito de palabra que te he hecho.

—Preciosa.

—Me alegro de que te guste.

—¿Habéis acabado ya? —preguntó mi mujer mientras pasaba por la sala; era su forma de decir que alguien debería empezar a hacer la cena.

—Eso va por mí —dije.

Sarah me siguió a la cocina.

—¿Cómo puedo no haber visto ese alfil? —preguntó, dirigiéndose más a sí misma que a mí.

—Cosas que pasan. A todos se nos escapan detalles. Por ejemplo, seguramente no te has fijado en lo guapo que estoy hoy. Es porque me he olvidado de afeitarme.

—Sí, a mí también.

Abrí la nevera.

—A ver, ¿qué opciones tenemos? ¿Qué podemos comer? ¿Cordero o cordero? —Cogí el paquete envuelto en papel.

—Lo que sea menos cordero —dijo Sarah.

—Vale, pues cordero. Hay que fijarse en la fecha de caducidad. —Olisqueé el paquete y se lo acerqué—. ¿Qué te parece?

Se apartó.

—Odio el olor del cordero.

—Creo que huele lo bastante mal como para comérmolo. ¿Lo acompañamos con brócoli y arroz?

—Claro. Disfrutemos de la vida. Voy a hacer una ensalada.

Puse el cordero sobre la gruesa tabla de cortar que habíamos comprado durante las vacaciones en Nuevo México y me giré para coger una cazuela para el arroz.